

Ignacio Barado Lycée Camille Pissarro

El calvario de Jorge

Jorge era un cincuentón que vivía en las afueras de Buenos Aires con su esposa y su hija. Habitaba una casita que necesitaba arreglos, pero con jardín. Trabajaba muchísimo, en el mismo lugar desde hacía mucho tiempo. Cada tanto, los fines de semana, hacía asados, acompañado por su perro Calvario (llamado así por los aullidos diabólicos que emitía durante la noche), por unas copas de vino y por su familia, en una casita muy chiquita que heredaron de su abuela. La casita estaba en el medio de la nada.

Pero eso era antes que le diagnosticaran cáncer a su mujer. Jorge, desesperado, hizo todo lo posible pero igual su esposa murió. Para su hija Carla fue una catástrofe, un dolor inmenso. Antes de todo esto, Carla solía escribir mucho. Ahora, escribía para huir del dolor provocado por la muerte de su madre. Le gustaba escribir cartas (Jorge no sabía sobre qué tema), que luego ponía en el buzón pero sin estampillarlas. Creía que así sus pensamientos dejarían de atormentarla, y que de cierta forma su consciencia sería guardada tras su muerte.

Cansada de tanto sufrimiento, un viernes al anochecer escribió una carta de despedida. Después de depositar la carta en el buzón de correo, en vez de volver a refugiarse en su cama, como de costumbre, siguió caminando. Aturdida pero determinada, se dirigió hacia un puente que cruzaba sobre una autopista...

A Jorge lo despertaron los aullidos de Calvario. ¡Qué perro pesado! Al levantarse, le sorprendió ver que su hija no estaba en su cuarto. Tal vez estaría en casa de su novio. Pero últimamente se habían distanciado. Mejor... Felipe no le parecía una buena compañía para Carla.

Llegada la noche, al ver que Carla no volvía a casa para la cena, Jorge se desesperó un poco. La buscó por todos lados, hasta que, pasando cerca del puente vio ambulancias. Corrió hasta ellas y vio el piso manchado de sangre...

“¡Carla!”-gritó Jorge.

Los policías se acercaron a Jorge, que estaba visiblemente confundido. Empezó a marearse, a escuchar una multitud de voces a la vez y se terminó desmayando. Despertó en el hospital. Le

recetaron calmantes y le asignaron una psicóloga que debía ver todos los lunes. Al día siguiente, lo dejaron ir.

De regreso hacia su casa, se encontró con Don Manolo, un apasionado de las bicicletas que acababa de jubilarse.

De su mochila sacó unas botellas envueltas en papel que ofreció a Jorge, diciéndole: “Hola Jorgito, tomá un regalito... mirá que hoy, bordeando la autopista en bici, vi una luz prendida en tu casita de campo, y el portón estaba abierto; tené cuidado porque en esa zona hubo muchas usurpaciones de casas... ¿Por qué tenés esa cara Jorgito?”

-Ya no importa eso, mi hijita Carla se suicidó... - le respondió Jorge al borde del llanto.

- ¡Dios mío! Si necesitás ayuda no lo dudes.

-Sí, muchas gracias, Don Manolo.

Y siguió rumbo a su casa.

Jorge quedó obsesionado con la muerte de su hija.

Luego de unos días, intentó contactarla con la ayuda de una vidente, pero no estuvo convencido del resultado.

Después de un tiempo, decidió subir las escaleras que conducían hacia el dormitorio de Carla. Visiblemente necesitaban un arreglo... a cada paso que Jorge hacía, le respondían desprendiendo un crujido grave y muy fuerte, aunque a veces agudo, como si se tratase de una orquesta clásica. La puerta estaba un poco atascada. Calvario empezó a ladrar...

Dándole un golpe, Jorge terminó abriéndola. Desprendió un ruido muy agudo. Calvario se calmó.

Jorge vació la pieza de Carla y donó todo. Solo conservó el diario íntimo de su hija. Lo abrió y leyó la última página que había sido escrita, donde contaba que estaba muy triste y que extrañaba a su madre... “Quiero volver a verla, solo se me ocurre una manera...” escribió al final.

Jorge se fue amargado a trabajar. Al terminar su jornada laboral, sin querer movió un carrito repleto de cartas y cayó una que estaba a nombre de Carla. La recogió y la escondió en su bolsillo.

¿Estás bien? – Le dijo un compañero que pasaba a su lado.

Sí, sí. - Dijo Jorge.

Volvió con ansias a su casa. En ese momento decidió suspender los calmantes.

En cuanto llegó, sacó la carta de su bolsillo. El papel era de color blanco y tenía el mismo olor que el perfume que usaba su hija. Enseguida la abrió y la leyó. “No me aguanto más, los recuerdos de mamá no me dejan en paz y verte así me amarga. El viernes, me desprenderé de esta vida...

Te amo Papá, espero que me perdones””. Era la carta de despedida de Carla.

Esa noche, mismo habiendo tomado un vasito de vino para ayudarlo a descansar, Jorge durmió poco, por culpa de la tristeza y porque Calvario aulló mucho (en su cabecita siempre creía que Carla estaba volviendo a casa).

A partir de ese día, Jorge comenzó a buscar cartas de su hija en el correo.

El lunes, por la tarde fue a su turno con la psicóloga. “Es una charlatana”-pensó al salir.

El martes, caminando por la calle vio a Felipe, el novio de Carla. Cada vez le caía peor... “¿Se muere tu novia y ni siquiera una, una maldita palabra se te ocurrió decirme?”- le dijo Jorge.

“Ando medio mareado con todo esto señor... perdón”- le respondió Felipe. Pero en sí, se lo veía muy bien.

Unos segundos después, luego de haber reflexionado un poco, Felipe dijo: "He recibido cartas a nombre de Carla, creo que alguien se está burlando de mí..."

Jorge se fue sin responderle. Por la tarde, en su trabajo, clasificando las cartas, encontró otra que estaba firmada a nombre de Carla. Se puso muy contento. De nuevo, se la guardó en el bolsillo.

Cuando llegó a su casa, la examinó cuidadosamente. El papel de la carta era azul. Finalmente Jorge la abrió. Era muy breve: “Ahora me siento bien, ya no tengo más ese peso. Me he liberado”.

Al día siguiente, Jorge se despertó lleno de energía y se dirigió feliz al trabajo. Obsesionado, revisaba únicamente el remitente de los sobres, con la esperanza de encontrar uno de Carla.

- ¿Está bien Jorge? -le dijo su jefe- Debería tomarse unos días, parece muy acelerado...

-No, no señor, es que después de 22 años uno toma ritmo...

-Es solo un consejo...

A Jorge no le importó y siguió buscando como antes. Finalmente encontró una. Era de un color extraño, que Jorge no llegaba a identificar, entre el rosa y el rojo.

“Ah, ¡al fin!”- dijo bajito.

Estaba tan ansioso que no se contuvo de abrirla... Dijo que iba al baño, y en cuanto cerró la puerta, la abrió, y acercó su nariz a la carta que olía igual que su hija. Le extrañó la fecha que aparecía en el sobre, dado que era posterior a la muerte de su hija... Igual la leyó.

“Te amo papi, perdón, perdón y aun perdón por lo que te voy a hacer.”

- “¿Qué me vas a hacer mi amor, cómo podría enojarme con vos?”- susurró Jorge.

- ¿Se encuentra bien Jorge? – Le dijo alguien que lo escuchó hablar solo. -Sí, sí – le respondió.

Volvió a su casa. Durmió muy bien, ya que había tomado dos o tres somníferos. Esa noche Calvario durmió como un angelito, por dos razones: la primera desconocida, la segunda, más terrenal, una pizca de somnífero había sido introducida en sus croquetas...

Al día siguiente, buscó como un loco pero no encontró nada. Se le caían las lágrimas delante de todos los empleados y al llegar a su hogar estuvo muy deprimido. Pasó toda la tarde acostado en su cama, sin saber cómo llenar el vacío que sentía. Lo único que hizo fue pegarle una patada a Calvario porque no paraba de aullar.

El sábado, Jorge no debía ir a trabajar. Pero fue igual, para no pasar otro día como el anterior. Entonces pidió reemplazar a un colega.

Otra vez no encontró nada en el carrito. Desesperado, empezó a elevar la voz, preguntando donde había más cartas... Finalmente encontró tres en el suelo, lo que lo hizo estallar de felicidad. Ni siquiera las ocultó, pero no hubo necesidad dado que las personas presentes no le dijeron nada... Tuvo tanta, pero tanta ansiedad, que volvió a su casa, ¡con el pretexto que tenía diarrea!, lo que sorprendió muchísimo a los empleados, que ya empezaban a pensar que Jorge estaba mal. Fue corriendo a la casa. Casi lo atropella un auto, pero no le importó. En cuanto llegó, se tiró directamente en la mesa, sin ni siquiera cerrar la puerta. La primera carta era de color rosa. Lo perturbó su fecha, dado que era posterior a la muerte de su hija por varias semanas. Tenía el olor de Carla y Decía: “Espero que papá me disculpe, pero no podía vivir más en esta atmósfera”. Jorge se puso muy triste. La segunda era de color amarilla. Esta vez estaba fechada varios meses tras la muerte de Carla. No tenía mucho olor. Calvario empezó a aullar. Jorge la abrió. Decía: “Estoy todo el día amargada, en cuanto lo veo tomando me pongo peor...”.

Jorge iba a abrir la última carta, que no tenía el perfume de Carla, pero sí un olor raro, como de sudor... además, ésta también tenía una fecha posterior, del mismo día en el que Jorge la encontró ... Calvario se puso agresivo, para callarlo, Jorge le arrojó un objeto, pero por suerte no lo tocó. Del susto, el pobre perro salió corriendo hacia la autopista. Finalmente Jorge abrió la carta y la leyó:

“Por tu culpa me fui, por la tuya; vos molestabas a mamá, vos la amargabas emborrachándote y tratándola mal. Seguro que por eso se enfermó. ¡Por eso es que me fui, como pude, para no verte más!”

Jorge tiró las cartas al piso, quería alejarse de ellas. Al salir de su casa, insultó a unos niños del barrio que se estaban riendo de él. No sabía a dónde ir... se subió al auto y se dirigió hacia la autopista con un nudo en la garganta. Estaba muy cansado, era el anochecer, entonces aceleró... Pasó muy rápido delante de su casa de campo. Creyó oír a un perro ladrar a lo lejos, y le pareció ver las luces prendidas.

“Encima me usurparon la casa”-pensó Jorge enervado.

Manejó durante varios días...

La última vez que alguien lo vio, fue en el sur argentino, exactamente en la Patagonia.

Actualmente se dice que vive en una casita perdida en el medio de la nada, en la cual el buzón más cercano se encuentra a ciento cincuenta y siete kilómetros.

Varias veces lo visitó Don Manolo. Dicen que siempre le recordó que las luces de su antigua casa de campo se prendían de noche, y que veía un perrito en la casa...